

Masa e individuo

Dos extremos de nuestra época*

*Eugenia Vilar Peyri***

Resumen

En el mundo globalizado en que nos ha tocado vivir un tema recurrente en múltiples ámbitos es cómo hacemos para sobrevivir en esta nueva masificación, cómo hacemos para mantener nuestra identidad, cómo recuperamos la diferencia, la diversidad, la unicidad en medio de tanta homogeneidad. Pero, al mismo tiempo, cómo recuperamos la solidaridad colectiva, la posibilidad de tomar en cuenta al otro, de ser tomados en cuenta. No es, por lo tanto, un movimiento en una sola dirección, sino de ida y vuelta; es un nuevo camino que hay que imaginar, descubrir, que debe recuperar lo que el sistema siempre ha querido destruir: el sujeto autónomo y la colectividad solidaria. Es este un compromiso que los mayores tenemos con las nuevas generaciones. En este artículo se propone definir y redefinir los términos *individualismo* y *masificación* con el fin de descubrir nuevas maneras de expresión de lo individual y lo colectivo que lleven a una mejor convivencia en estos tiempos de crisis.

Palabras clave: nuevas generaciones, individualismo, masificación, sujeto autónomo, sujeto colectivo.

* Este artículo es parte de una ponencia presentada en el III Coloquio Departamental de la Cultura del Miedo a la Cultura de la Diversidad y Pluralidad, del Departamento de Educación y Comunicación; UAM-Xochimilco, llevado a cabo el 10 de noviembre de 2006.

** Profesora-investigadora en el Departamento de Educación y Comunicación, División de Ciencias Sociales y Humanidades, UAM-Xochimilco.

Abstract

There is a recurrent item that pays the attention of many people all around the world: Tension between mass and individual. Mass appears as to be homogeneous, equal to everybody. In the other side of the tension, individualism means to think in nobody, pretend to be unique. But mass also refers to participation, be with the others; in the same way, individualism points to autonomy, to freedom. There is a need to redefine both concepts to try to fight against the system goal: to destroy the *autonomous subject* and the *collective subject*. This is a commitment that the elders owe to the new generations. In this paper I am trying to define and redefine these concepts in order to look for new ways of coexistence.

Key words: new generations, individualism, masses, autonomous subject, collective subject.

El hombre no es una realidad ya hecha, sino que, por el contrario, está siempre haciéndose.

Es esencialmente proyecto, está arrojado hacia el futuro.

Ése es el horizonte de cumplimiento de sus expectativas, pero también de sus fracasos.

En este sentido, el miedo al futuro y el miedo al fracaso son casi equivalentes.

PACHO O'DONNELL

Introducción

En el mundo globalizado en que nos ha tocado vivir un tema recurrente en múltiples ámbitos es cómo hacemos para sobrevivir en esta nueva masificación, cómo hacemos para mantener nuestra identidad, cómo recuperamos la diferencia, la diversidad, la unicidad en medio de tanta homogeneidad. Pero, al mismo tiempo, cómo recuperamos la solidaridad colectiva, la posibilidad de tomar en cuenta al otro, de ser tomados en cuenta. No es, por lo tanto, un movimiento en una

sola dirección, sino de ida y vuelta; es un nuevo camino que hay que imaginar, descubrir, que debe recuperar lo que el sistema siempre ha querido destruir: el sujeto autónomo y la colectividad solidaria.

Masificación e individualización son palabras que se refieren a varias condiciones del sujeto; esto es, existe una polisemia ligada a estos conceptos que muchas veces confunde los significados e induce a complicar lo que se quiere expresar. Además, la realidad actual se ha complejizado tanto que muchos de los conceptos aceptados se quedan cortos para dar cuenta de ella. Solemos nombrar acontecimientos que quizá podrían ya formar parte de la posmodernidad –como expresión del agotamiento de la modernidad– con categorías propias de la modernidad. De Sousa Santos (2005:11) dice que “vivimos en un tiempo caracterizado por la circunstancia de eternos problemas modernos para los cuales parece no haber soluciones modernas”, ni conceptos modernos, añadido.

[...] en nuestra cultura, el proceso de identificación, la creación de un “sí mismo” individual-social dependía de instancias que ya no existen, o que están en crisis; pero también porque [...] no existe ni surge ninguna totalidad de significaciones imaginarias, capaz de reconducir esta crisis de los distintos pilares del proceso de identificación (Castoriadis, 1989:126).

Vivimos, efectivamente, tiempos de crisis, tiempos en los que lo viejo da señales de agotamiento, pero lo nuevo no puede aún ver la luz. La mirada a estos tiempos no es la misma desde los que nos formamos en la modernidad del progreso y el éxito; muy distinto se ve el mundo desde la subjetividad de los jóvenes, los que nacieron, viven y parece que vivirán la crisis por los siglos de los siglos. ¿Son los jóvenes los que habrán de encontrar los nuevos caminos? ¿La muerte de la modernidad contiene, en última instancia, las simientes de un nuevo orden y son las nuevas generaciones las encargadas de cultivarlas?

Lo que está muriendo hoy [...] es la cultura “occidental” [...] Esto muere como conjunto de normas y de valores, como formas de socialización y de vida cultural, como tipo histórico-social de individuos, como signi-

ficado de la relación de la colectividad consigo misma, con aquellos que la componen, con el tiempo y con sus propias obras [...] Lo que habría que discutir aquí es el hecho de saber en qué medida la destrucción o el desgaste de estos “valores” ha avanzado, y en qué medida los nuevos estilos de comportamiento que se observan, sin duda fragmentaria y transitoriamente, en los individuos y en los grupos [...] son anunciadores de nuevas orientaciones y de nuevos modos de socialización (Castoriadis, 2008:14 y18).

Esto es, de lo que se trata actualmente es de recuperar el pasado, revivir los valores con el fin de restaurar las formas de socialización modernas y lograr que la sociedad se reencante consigo misma, o bien habría que festinar su obsolescencia y aceptar que los valores que apenas asoman a la historia son precursores de nuevas formas de convivencia en las que el sujeto y la colectividad serán los actores de la construcción de la sociedad.

Nacimiento y *muerte* del individuo moderno

Redefinir los conceptos implica necesariamente hacer una revisión de la historia, echar una mirada al pasado para buscar esas simientes que habrán –quizá– de dar cauce a una nueva realidad. En este caso, además de la polisemia, nos encontramos con dos conceptos que han llegado a ser tratados como sinónimos y como antónimos, inclusive; me refiero a los conceptos de *ciudadano* e *individuo*. Ríos de tinta han corrido tratando el tema en ambos sentidos. Aquí lo haremos considerando la figura del ciudadano como una de las maneras en que la modernidad ha intentado reducir al individuo, pero también como una forma de *estar en el mundo*.¹

¹ ¿Son sinónimos *individuo* y *ciudadano*? ¿Nos estamos refiriendo a una misma condición del sujeto o son dos maneras de expresión de diferentes maneras de *estar en el mundo*? Al individualismo lo podemos pensar como el gran “descubrimiento” de la era moderna, la gran creación del Renacimiento: los sujetos se empezaron a sentir capaces de desechar el destino divino y tomar las riendas de su propia historia. Luis Villoro dice que fue entonces que el hombre se convirtió en dios, en creador de realidad, independientemente de los designios

En 1789 se instaura el individuo moderno por medio de la figura del *ser ciudadano*. En aquel tiempo, cuando el inmenso proceso de creación de la modernidad llegaba a su punto culminante, ser ciudadano significaba ser miembro de una comunidad llamada nación que ofrecía, en principio, los mismos derechos de participación política:

A partir de la Revolución Francesa tres fueron los supuestos básicos de la nueva vida democrática: la aceptación colectiva de que la realidad puede transformarse (el hombre es agente de cambio), la asunción de que la soberanía reside en el pueblo y la constitución del sujeto ciudadano. Estos tres supuestos, si bien a final de cuentas implican la reproducción del sistema vigente, constituyen un evento revolucionario en tanto incluyen la participación humana en la construcción de la historia [...] la Revolución Francesa abrió una caja de Pandora y generó aspiraciones, expectativas y esperanzas populares que todas las autoridades constituidas, tanto conservadoras como liberales, encontraron difícil de contener (Wallerstein, 1998:17).

Años después, apagadas las antorchas libertarias, los liberales hallaron la vía para erradicar de estas aspiraciones, expectativas y esperanzas los rasgos revolucionarios, e implementaron una serie de reformas racionales y graduadas que, al reducir la presión por cambios más fundamentales, convirtieron a los ciudadanos en sujetos

extrasociales. Este individuo, entonces, aparece en el mundo como un arma revolucionaria, capaz de subvertir todos los órdenes hasta entonces considerados como inmutables. ¿De qué manera podía cegarse este nuevo poder, cómo hacer para que las esferas del poder pudieran continuar “explorando” el nuevo sujeto *libre*, necesario para que el sistema progresara, pero sin las alas libertarias, sin el ímpetu y la fuerza que le daba la recién encontrada autogestión de su vida? ¿De qué manera es posible conservar solamente la fuerza de trabajo liberada pero al mismo tiempo erradicar el impulso autonómico? Creando la figura de ciudadanía. El ciudadano, con todo el contenido excluyente que mantiene en su seno, se cree libre, autónomo, pero al mismo tiempo que se siente incluido, excluye a una gran cantidad de sujetos que no siendo ciudadanos, tampoco son individuos: no pueden elegir, su destino está definido de antemano, son tan esclavos como en las épocas supuestamente superadas por la historia. ¿Son sinónimos? Más bien son antónimos. Buen juego de palabras, pero es cierto que al instaurar la figura del ciudadano, de alguna manera se decapitó al individuo.

mucho más pacientes, mucho menos insurrectos.² Por medio de la democratización de las estructuras socio-políticas –sufragio universal– y la implantación del estado de bienestar, los liberales lograron legitimarse a la vez que apaciguaron las aspiraciones de lucha de los estratos populares:

El método que adoptó la modernidad sólida³ tendió a sustituir los lazos naturales, irreparablemente dañados, por sus equivalentes artificiales, es decir, toda clase de asociaciones, sindicatos y agrupaciones, a tiempo parcial [...] la solidaridad ocupó el lugar de la pertenencia, erigiéndose en la principal defensa contra los avatares de una existencia cada vez más azarosa (Bauman, 2008:12-13).

Porque a final de cuentas se cercó al individuo privilegiado y se desplazó a la gran mayoría. Las grandes promesas de la Revolución Francesa hoy resultan un engaño, un artificio, se han vaciado de sentido ante la realidad crítica y violenta, ésa “cada vez más azarosa”: la igualdad –negada por el hambre, la explotación, la discriminación y la exclusión–, la libertad –incompatible con el incremento de la represión, con la violencia, la prostitución, las cárceles, las identidades sojuzgadas, el analfabetismo, las enfermedades–, la paz perpetua –ausente en las decenas de guerras en el mundo, en la falta de seguridad en las grandes urbes, en la competencia comercial violenta– y el dominio de la naturaleza –con el efecto contrario de la desertificación, el cambio climático, las mutaciones transgénicas, los riesgos alimentarios, los desastres nucleares o la escasez de agua– perdieron fondo y abandonaron al sujeto en el más terrible de los desamparos.

El individualismo fue un invento de la modernidad; en su época fue un avance revolucionario de la humanidad que significó desposeerse del destino divino y que el sujeto tomara en sus manos la

² Este proceso fue similar al que se llevó a cabo cuando los liberales “triumfaron” en la Revolución Mexicana.

³ Bauman llama *modernidad sólida* a aquella que corresponde al estado de bienestar o al momento en que la modernidad aún tenía recursos para “hacer historia”. En contraste, llama *modernidad líquida* a aquella que muestra evidentes signos de agotamiento, algo semejante a lo que otros llaman *posmodernidad*.

construcción de su historia, se convirtiera en un individuo libre y pudiera decidir acerca de su futuro. Sin embargo, convertirse en artífice de su destino conllevó –al mismo tiempo– sujetarse a otras fuerzas y que la supuesta libertad se redujera a la posibilidad de vender su fuerza de trabajo. Esas otras fuerzas habían hecho desaparecer, en primera instancia, los lazos comunitarios ancestrales que dotaban al sujeto/individuo de una contención necesaria ante su vulnerabilidad innata; pero al mismo tiempo, las mismas fuerzas habrían de crear las instituciones sustitutivas que le dieran espacio. Por otra parte, como temas subyacentes a la nueva geocultura liberal,⁴ sin embargo, aparecieron el nacionalismo, el racismo y el sexismo:

Maneras engañosas de disfrazar el nuevo régimen, formas de expresión social que al incluir excluyen. El nacionalismo se vincula estrechamente con la ciudadanía en cuanto al conferir privilegios a unos cuantos establece una barrera de clases franca para convertirse en una barrera nacional. Las fronteras subjetivas que implica el nacionalismo conllevan un juego entre la inclusión y la exclusión, necesario para el fin último del sistema: la acumulación incesante de capital. Esto es, no era posible incluir a todos pues la plusvalía se disuelve; pero a la vez no es posible la exclusión total pues esto “destruye la coraza política del sistema” (Wallerstein, 1998:23).

Vía el nacionalismo, la ciudadanía incluida se apaciguó en las zonas neurálgicas –países desarrollados e industrializados, clases medias y clases trabajadoras urbanas– y fue posible la exclusión de la mayoría. Esta minoría *exclusiva* e incluida en la política liberal implicaba, al propio tiempo, una especie de *superciudadanía* blanca que excluía al resto del mundo. El proceso de exclusión-inclusión tomó, por fin, su forma terminada al introducir el sexismo y conseguir el consenso masculino tanto para el trabajo como para la guerra.

En resumen, la ciudadanía de los siglos XVIII y XIX, en última instancia, establecía la diferencia para fundamentar la exclusión. El liberalismo creó al ciudadano para excluir incluyendo, establecía los

⁴ Término acuñado por Immanuel Wallerstein.

límites de quién era excluido y quién era incluido. El individualismo que hoy proclama el liberalismo revivido significa aislamiento, competencia, depredación, soledad, abandono, egoísmo, falta absoluta de memoria, anulación de futuro:

Castel atribuye esta situación al individualismo contemporáneo; sugiere que la sociedad de hoy, al suprimir las comunidades y corporaciones estrechamente unidas, que antes las leyes delimitaban y velaban por su cumplimiento, y sustituirlas por el deber de ocuparse cada uno de sí mismo y de sus asuntos, se ha edificado sobre el terreno pantanoso de la incertidumbre: en una sociedad de este tipo es inevitable que la inseguridad y el temor a peligros indefinidos acaben siendo males endémicos (Bauman, 2008:9).

A este sujeto neoliberal le falta todo y como *es* en la medida en que *tiene*, padece siempre; se aferra a los “valores” tradicionales como tabla de salvación sin darse cuenta de que es incapaz de vivir como vivieron sus padres; las instituciones modernas se han vaciado de sentido, pero no lo sabe; recela de todo lo nuevo que no signifique más dinero, mejor estatus social; envidia profundamente al superior y desprecia al que supone inferior. Se cree único y no se da cuenta de que es exactamente igual que los demás. Necesita más que desea, pero necesita lo que necesitan todos: gratificaciones frívolas, efímeras, que le hagan lucir lo que quisiera ser y no es. Castoriadis al respecto se pregunta:

¿Cuál pasa a ser entonces el modelo general de identificación que la institución presenta a la sociedad y propone e impone a los individuos en tanto que individuos sociales? [...] El del individuo que gana lo más posible y que disfruta al máximo; algo tan simple y tan banal como esto [...] Uno gana porque vale, vale porque gana [...] Hoy es inútil hablar de disposición democrática en la sociedad actual, cuando la pasión dominante no se enfoca a la libertad, sino al consumo (Castoriadis, 1989:130-131).

Es, aunque lo niegue, homogéneo, uno más en la masa. Es fácilmente manipulable, sus ideas nunca son genuinas, copia todo, imita

todo, muere por tener, tener mucho, siempre más aunque nunca llegue a tener eso que tanto *necesita*. Es capaz de gastar lo que no tiene, se endeuda, debe, debe mucho. Por eso, además, es reaccionario, profundamente conservador. “Predomina la desconfianza en los demás y en sus intenciones, así como también una actitud que niega o considera imposible tener fe en la constancia y en la fiabilidad del compañerismo humano” (Bauman, 2008:9). Teme perder, caer inexorablemente en la escala social, cuestión entre paréntesis, que no puede evitar; así es el capitalismo globalizado actual: polariza, empobrece, lanza hacia abajo, hacia la pobreza. Es presa fácil del miedo, del temor, enreja sus calles, sus casas, sale poco, recoge a sus hijos en la puerta de la escuela. Etcétera, etcétera y miles de etcéteras. Todas estas “cualidades” hasta aquí apuntadas más los miles de etcéteras hacen que su salud mental sea peligrosamente frágil, que viva eternamente frustrado, que sea neurótico, violento, irrespetuoso, cínico, con ninguna capacidad de convivencia cívica, ignorante, fanfarrón y, de nuevo, etcétera. En una ocasión escuché a Eduardo Galeano definir con una frase la época actual, creo que ilustra lo hasta aquí dicho: “Ansiedad de comprar y ser comprado, angustia de perder y ser desechado: la gente dura más, gana más y tiene más, pero se deprime más, enloquece más, se emborracha más, se droga más, se suicida más y mata más”.

Pero también podemos contemplar desde otro lugar el individualismo y entonces considerar que es menester defenderlo como un bastión importante para transitar hacia la autonomía y la emancipación. Un individualismo que implique la defensa del pluralismo, la idea de *libertad individual*, el desarrollo de la sociedad civil, la necesidad de la corresponsabilidad, el compromiso con los otros a partir de las decisiones que se toman en lo privado y asumir las consecuencias que éstas produzcan en lo público. Como dice Chantal Mouffe (1999:101), una “articulación que afecta a las diferentes posiciones subjetivas [...] aunque reconociendo una pluralidad de lealtades y el respeto a la libertad individual”. Este individuo, que preferiría llamar *sujeto político*, no puede ya escudarse en la masa ni apelar a su individualidad única (valga la expresión) para vivir su vida; le corresponde una responsabilidad ante los otros que no puede soslayar pero que parte de una subjetividad individual enmarcada en

un nosotros, en una subjetividad social, en una historia común. No es un sujeto unitario, sino, continuando con Mouffe (1999:103), es “la articulación de un conjunto de posiciones objetivas construidas en el seno de discursos específicos y siempre de manera precaria y temporal, suturada en la intersección de esas posiciones subjetivas”. Esto es, abandonar los universalismos, los valores únicos, las verdades absolutas, la igualdad abstracta y la diferencia como forma de exclusión para dar paso a diversas visiones y maneras de pensar el presente y el futuro, a las diferentes relaciones sociales y las distintas posiciones subjetivas que provienen del género, la raza, la etnicidad, la orientación sexual, etcétera.

La masa ayer y hoy

En sentido contrario se encuentra la masa, la masificación, la homogeneidad, la aterradora indiferenciación pero también lo colectivo, la solidaridad, el bien común. De nuevo aquí nos encontramos con la dificultad de la polisemia, con la necesidad de definir y redefinir los términos. En general, cuando hablamos de *masificación* estamos refiriéndonos a lo amorfo, irracional, homogéneo, totalizante. A primera vista la deseamos como indeseable, ya sea en aras del narcisismo, o bien por considerar intolerable el encuentro con un otro tan semejante que nos devuelve una imagen que no siempre estamos dispuestos a aceptar. Resulta igualmente doloroso el encuentro con la diferencia debido a que nos remite a nuestras carencias, nos revela la fantasía de nuestra novela de vida, el otro es lo que yo nunca seré:

Siempre se podrá vincular amorosamente entre sí a mayor número de hombres, con la condición de que sobren otros en quienes descargar los golpes [...] Denominé a este fenómeno *narcisismo de las pequeñas diferencias* [...] Podemos considerarlo como un medio para satisfacer, cómoda y más o menos inofensivamente, las tendencias agresivas, facilitándose así la cohesión entre los miembros de la comunidad (Freud, 1929-1930:3037-3048).

Se suele pensar la masa como el reverso del individualismo, como ese animal que devora a los individuos para robarles el alma, que supe- dita los deseos y los intereses individuales en aras de lo colectivo, de un bien común universal e incuestionable. Fue ésta una de las críticas más comunes al socialismo real. Sin embargo, sin dejar de estar más o menos de acuerdo con esta crítica, considero que hay que continuar en las redefiniciones para no caer en posiciones liberales. Sloterdijk (2002) ha hecho una clara diferenciación entre la *masa como sujeto*, cuyo contenido político se enmarca en el proyecto de la modernidad, en la que todo el poder y todas las formas legítimas de expresión proceden de las mayorías. “Es en este tipo de asambleas masivas donde todos ellos hacían la inmensa experiencia de sentirse un colectivo dotado de voluntad que reclamaba sus derechos, tomaba la palabra y del que emanaba el poder” (Sloterdijk, 2002:16), de la *masa tumultuosa*, la que sólo existe en y por los medios de comunicación:

Ahora se es masa sin ver a los otros [...] han dejado de orientarse a sí mismas de manera inmediata por experiencias corporales: [las sociedades] sólo se perciben a sí mismas a través de símbolos mediáticos de masas, discursos, modas, programas y personalidades famosas. Es en este punto donde el individualismo de masas propio de nuestra época tiene su fundamento sistémico. Él es el reflejo de lo que hoy más que nunca es masa, aunque ya sin la capacidad de reunirse como tal. Por recordar aquí las palabras del psicólogo social David Riesman: *the lonely crowd* [...] La masa posmoderna es una masa carente de potencial alguno, una suma de microanarquismos y soledades que apenas recuerda ya la época en la que ella [...] debía y quería hacer historia en virtud de su condición de colectivo preñado de expresividad (Sloterdijk, 2002:17-18).

Hoy los sujetos solamente se sienten parte de una masa en cuanto individuos, desde una visión totalmente particular. El contacto corporal y visual es aleatorio; el enlace libidinal que describió en su momento Freud ha desaparecido y se ha olvidado el potencial esperanzador y reivindicativo del *estar juntos*. Hoy la masa ya no implica ningún peligro para el sistema; es más, se le alimenta. Se alienta la homogeneidad disfrazada de decisión individual: *cuida tu salud, elige*

tu vestimenta, autoempléate. Si al final de todas las decisiones que se han tomado, se mira alrededor y se percibe que todos han llegado a las mismas, se deberá sentir como *estar integrado, parte de, uno con todos.* Aunque sólo sea un espejismo y un engaño: no se ha decidido nada y se es “de una vulgaridad invisible, [pues los sujetos] se abandonan precisamente a aquellos programas generales en los que ya se presupone de antemano su condición masiva y vulgar” (Sloterdijk, 2002:19).

Pero hay otra manera de pensar lo colectivo que quizá escapa a nuestra visión occidental y que ha sido borrada de los análisis sociales modernos. O al menos debo reconocer que escapa a mi visión y que muchas veces carezco de elementos para comprenderla. Me refiero específicamente a la concepción de comunidad que tienen, por ejemplo, los pueblos indígenas. En estas culturas prevalece el bien común por encima del bien individual.

Quizá es ilusorio pretender adquirir esta manera de vivir en común; no podemos negar nuestra formación y nuestra cosmovisión, pero lo que sí podemos es rescatar, valorar y traducir estas formas colectivas de convivencia para poder armonizarlas con nuestras maneras. Ellos y nosotros formamos parte de este mundo y podemos confluir en un proyecto de emancipación a partir de la infinidad de maneras de comprender la vida y el mundo que nos ha tocado vivir.

Por lo pronto podemos apuntar algunas maneras en que se ha pensado lo colectivo para poder ir avanzando en la traducción.⁵ En los grupos de reciente formación, por ejemplo, la ilusión grupal se detiene en la idea de que somos todos iguales, formamos un algo uniforme que se mueve como amiba; lo individual parece desaparecer y sólo prevalece eso, el grupo masificado, indiferenciado. Los sujetos entonces hacen inmensos esfuerzos por diferenciarse, por destacar de lo homogéneo, por lucir el yo único e irrepetible. Esto resulta

⁵ Con *traducción* me refiero al “trabajo” que propone De Sousa Santos (2005:175-176), el cual “incide tanto sobre los saberes como sobre las prácticas (y sus agentes) [...] consiste en un trabajo de interpretación entre dos o más culturas con el objetivo de identificar preocupaciones isomórficas entre ellas y las diferentes respuestas que proporcionen”.

persecutorio, insoportable, pero da la oportunidad del reconocimiento, del saber de los otros, aunque sea por medio de novelas de vida, fantaseadas e ideales. Cada uno busca en su bagaje de historias aquellas que lo hagan ser único y diferente, irrepetible. Más tarde, con el transcurso del tiempo y el trabajo intersubjetivo, aparece el nosotros, la identificación como aspiración “a conformar el propio yo análogamente al otro tomado como modelo” (Freud, 1921:2585), y el lazo libidinal que da a cada uno el lugar que le corresponde alrededor de un objetivo común y deseado. El grupo se enriquece con las aportaciones individuales y es capaz de construir un colectivo rico y productivo en el cual lo vertical individual se entrecruza con lo horizontal grupal para ser capaz de contender con lo transversal social institucional, y así generar opciones de trabajo y de vida en colectivo.

En el mismo sentido, ya Freud (1921:2587) había descubierto que el “enlace recíproco de los individuos de una masa es de la naturaleza de tal identificación, basada en una amplia comunidad afectiva”. Sin embargo, actualmente los procesos identificatorios se encuentran sumidos en la crisis, y hoy resulta imposible hallar en esa amplia comunidad afectiva el refugio necesario a la soledad y el desarraigo. Porque no nos reconocemos solamente en el otro cercano, sino que la misma sociedad, hoy por hoy, resulta un ente ajeno y lejano:

No puede no haber *crisis* del proceso de identificación, puesto que no existe una autorrepresentación de la sociedad como foco de sentido y de valor, e inserta en una historia pasada y venidera dotada ella misma de sentido, pero no “por sí misma”, sino por la sociedad que así la re-vive y la re-crea constantemente (Castoriadis, 1989:133).

Ana María Fernández abunda en este tema y explica cómo a través de la masa, el individuo deviene sujeto, no solamente en el sentido social, sino en el más íntimo y privado: es solamente con los otros que podemos acceder a ser lo que somos, pero los otros se desdibujan, dejan de ser modelos identificatorios en tanto son iguales, demasiado semejantes.

Cuando los procesos de identificaciones tempranas no se articulan con procesos psicosociales de “identificaciones” institucionales son *psiquismos sin anclaje* [...] El sujeto hace masa para ser sujeto. Esto no es meramente estar con otros. Hacer masa para ser sujeto implica la inscripción de los procesos identificatorios (lo singular) en sus referentes institucionales (lo colectivo) [...] Las instituciones dejan de ser ordenadoras de sentido y reguladoras de prácticas. Dejan de producir los *amparos* imprescindibles para la producción de modos de subjetivación que distingan con claridad el bien y el mal, lo público de lo privado y que puedan articular negociaciones legales entre deberes y derechos (Fernández, 1999:25).

En la masa también podrían crearse afectos, es solamente en el ámbito de lo colectivo donde el sujeto puede enriquecer y enriquecerse, comunicar, librarse de la soledad, ampliar escenarios, multiplicar posibilidades, abrir expectativas, producir futuro, pero no necesariamente haciendo tabla rasa de los sujetos que la componen.

Es este el verdadero sentido de la igualdad: una sociedad no puede volver a la gente igual en el sentido de que todo el mundo sería capaz de correr cien metros en diez segundos [...] Pero puede volverlos iguales en cuanto a su participación efectiva en todo el poder instituido que exista en la sociedad (Castoriadis, 2006:21).

Por su parte, Chantal Mouffe (1999:102) propone realizar nuevas formas colectivas de identificación como las que realizan los movimientos sociales de las mujeres, los homosexuales, las minorías étnicas y otros “nuevos movimientos”:

Es una concepción [...] que, a través de una identificación común con una interpretación democrática radical de los principios de libertad e igualdad, apunta a la construcción de un “nosotros”, una cadena de equivalencias entre las demandas, a fin de articularlas a través de principios de equivalencias democráticas.

A modo de conclusión

El sistema en su pretensión de destruir al sujeto autónomo y a la colectividad solidaria ha creado al individuo aislado y la masa homogénea; me parece que una tarea a llevar a cabo puede ser ésta que yo he intentado con estas líneas: redefinir el concepto de lo *individual* y de lo *colectivo* fuera de las definiciones sistémicas que pretenden borrar cualquier intento de emancipación y autonomía. Nuestra labor como pensadores de lo social podría ser esta, buscar nuevos conceptos que redefinan nuestro papel como pobladores de este planeta. Creo que sería una herencia valiosa para las nuevas generaciones que no conocen hoy el valor de arriesgar la vida por un ideal, que desconocen la importancia de tomar en cuenta y ser tomados en cuenta, que se sienten sumidos en la desolación, la soledad, la falta de oportunidades.

La juventud del siglo XXI se siente al borde de un precipicio y carece de los referentes para reconstruir el camino que la ha llevado hasta ese límite sobre el que hoy está viviendo; le falta los instrumentos necesarios para comprender esta desolación. La historia de la modernidad, como decía Walter Benjamin (*apud* Sousa, 2005:10), “privó al pasado de su carácter redentor, transformó el presente en un instante fugaz y entregó el futuro a todos los excesos en nombre del progreso”. Sin la posibilidad de reconocer las utopías de la lucha y la esperanza del pasado, con el futuro que se abre al infinito y, por tanto, inabarcable a pesar de las promesas del progreso tecnológico, el presente se convierte en un monstruo que produce angustia en la medida en que sus formas se hacen cada vez más estrechas, el espacio vital se restringe cada día y el horizonte se limita por las oscuras sombras de un ayer y un mañana inasibles e incomprensibles.

¿Se puede vivir en esta tensión? Solamente llevando a cabo una labor de traducción, de búsqueda de nuevos referentes; imaginando nuevos horizontes de confluencia individual y colectiva; restaurando el lenguaje, las ideas y los conceptos. Termino con dos textos que reivindican el poder de lo colectivo solidario y lo individual autónomo:

La organización y la acción colectivas comunitarias que llevan a cabo exigencias colectivas tienen un efecto positivo no sólo sobre la creación de nuevas oportunidades de trabajo, sino también desde el punto de vista terapéutico. Las luchas colectivas incrementan la autoestima y la eficacia personal, crean solidaridad y ofrecen una perspectiva social, todo lo cual reduce la anomia (Petras, 2002).

[...] Siempre que se manifiesta una enérgica tendencia a la formación colectiva se atenúan las neurosis e incluso llegan a desaparecer, por lo menos durante algún tiempo. Se ha intentado, pues, justificadamente, utilizar con un fin terapéutico esta oposición entre la neurosis y la formación colectiva (Freud, 1921:2608-2609).

Reivindicar las formas colectivas de convivencia sin que en ello se juegue la permanencia y acción del sujeto individual parecería ser una vía para precipitar la muerte de aquello de lo moderno que está en crisis y para dar cauce a lo nuevo que aún no puede nacer. Reconocer que los valores y las normas que han regido a las sociedades por más de dos siglos ya no responden a las necesidades y los deseos de los sujetos puede abrir oportunidades de expresión a otras normas, otros valores, otros modelos identificatorios que reconstituyan el tejido social y posibiliten la salida a esta época de crisis, desencanto, neurosis, desilusión y anomia.

Bibliografía

- Bauman, Zygmunt (2008), *Confianza y temor en la ciudad. Vivir con extranjeros*, Arcadia, Barcelona.
- Castoriadis, Cornelius (1989), “La crisis del proceso de identificación”, en C. Castoriadis, *El ascenso de la insignificancia*, Frónesis Cátedra, Universitat de València, 1995.
- (2006), *Una sociedad a la deriva. Entrevistas y debates (1974-1997)*, Katz, Buenos Aires.
- (2008), *Ventana al caos*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Sousa Santos, Boaventura de (2005), *El milenio huérfano. Ensayos para una nueva cultura política*, Trotta/ILSA, Madrid/Bogotá.

- Fernández, Ana María (1999), “Introducción”, en A. M. Fernández *et al.*, *Instituciones estalladas*, Eudeba, Argentina.
- Freud, Sigmund (1929-1930), “El malestar en la cultura”, *Obras completas*, vol. 17, Orbis, Barcelona, 1988.
- (1921), “Psicología de masas y análisis del yo”, *Obras completas*, vol. 14, Orbis, Barcelona, 1988.
- Mouffe, Chantal (1999), *El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*, Paidós, Barcelona/Buenos Aires/México.
- Petras, James (2002), “Neoliberalismo, resistencia popular y salud mental. Los perversos efectos psicológicos del capitalismo salvaje”, <<http://rebellion.org>>, 20 de diciembre.
- Sloterdijk, Peter (2002), *El desprecio de las masas. Ensayo sobre las luchas culturales de la sociedad moderna*, Pretextos, España.
- Wallerstein, Immanuel (1998), *Utopística o las opciones históricas del siglo XXI*, Siglo XXI, México.